

# POR QUE SOY CATOLICO

Hans Küng, el teólogo católico suizo-germano, ha escandalizado a muchos católicos tradicionales y a otros de mentalidad más avanzada les ha desconcertado.

¿Por qué? Porque, en vez de quedarse en medias palabras o en frases abstractas, ha aplicado nuestra cultura actual a una enseñanza religiosa que parecía intangible desde hace un siglo: la infalibilidad pontificia.

Unos —los conservadores— han clamado al cielo rasgándose las vestiduras y diciendo que Küng es un hereje declarado. Otros —los avanzados— dudan de si Küng, al hacer esta dura crítica científica de las expresiones que se aceptaban ciegamente hasta ahora, sigue conservándose católico y no es más bien un cripto-herese.

Y es que si el conservadurismo se ha mantenido en posturas culturalmente atrasadas, el progresismo de muchos católicos resulta demasiado superficial. No hemos sido bastante conscientes —al pedir avance y progreso doctrinal— de las consecuencias que nuestra postura entrañaba. Y cuando las vemos plasmadas en hechos concretos, nos asustamos.

Un teólogo tan prudente como Michael Schmaus decía hace siete años que «una verdad puede revestir distintas configuraciones», y que «es de desear —por tanto— que las verdades de la Revelación, incluso las acuñadas en dogmas, sean nuevamente formuladas en nuevas épocas culturales» (M. Schmaus, *La verdad, encuentro con Dios*. Ed. Rialp, Madrid).

Esto, en la época posconciliar, nos sonaba bien y lo defendíamos los avanzados. Pero a la hora de concretar —como se hace ahora— estos anhelos, dudamos del resultado, porque lo que ocurría es que nos sonaba bien la música de esas frases elegantes y renovadoras que no comprometían a nada; pero no calculábamos la necesidad en que nos encontrábamos muchos creyentes de conseguir un verdadero «lavado de cerebro». ¿No es eso lo que pedía Jesús en el Evangelio con su «metanoia»? ¿No quiere decir hoy esa palabra griega un verdadero y consciente «lavado de cerebro» de tantos tabúes, represiones y ataduras que inconscientemente nos tenían mental y prácticamente maniatados, identificándolas falsamente con la verdad cuando —en el mejor de los casos— sólo eran una verdad a medias?

Eso es lo que ha hecho Küng, no al negar la enseñanza que se encierra bajo la confusa e inexacta palabra «infalibilidad» (como confesó el cardenal Suenens recientemente), sino al querer reinterpretar, para nuestra cultura adulta de hoy, expresiones como ésta que provenían en buena medida de culturas de otros tiempos. Reinterpretar con análisis que provienen de una cultura superior y más desarrollada no es negar un sentido para esas enseñanzas. Pero no el sentido ingenuo, infantil y de poco nivel cultural que tenían en nuestros manuales de enseñanza religiosa, aun los de teología, como tantas veces ha criticado Karl Rahner, S. J.

Y, sin embargo, hasta Rahner mismo ha vacilado al enjuiciar la última obra de Küng, titulada «¿Infalible?: Una interpelación», de la que en pocas semanas se vendieron en Alemania 16.000 ejemplares.

Otro día daré una información más completa sobre la postura crítica de Küng, que no es la de un solitario en la Iglesia, sino que es compartida —y defendida antes que él— por el escritor católico norteamericano J. L. Mac Kenzie, por la escritora americana —también católica— Rosemary Ruether y por el obispo misionero Simons, que regenta la diócesis católica de Indore, en la India.

Lo que me interesa decir hoy es que la réplica de Küng a los ataques que ha recibido, aparte de algunos breves y serenos comentarios salidos de su pluma, ha sido principalmente una confesión de fe católica, razonada y consciente, que ha impresionado profundamente a muchos católicos que están en crisis fuera de nuestras fronteras españolas.

Su postura —con algunas variantes— se parece a la que hemos adoptado muchos creyentes que estamos no a mitad de camino del conservadurismo y del progresismo, sino todo lo contrario: más allá de uno y de otro. Y que en vez de entrar en crisis, somos realistas y radicalmente independientes.

Empieza Küng su confesión —publicada textualmente en francés por *Documentation Catholique*, número 1.583— diciendo una

gran verdad: «Que la Iglesia está abocada a un éxodo masivo de sus ministros». En los ocho últimos años han abandonado el sacerdocio unos veinticinco mil clérigos católicos en todo el mundo, y las ordenaciones de nuevos sacerdotes disminuyen en el mundo, según las regiones, del orden del 20 al 50 por 100. En Estados Unidos, por ejemplo, según las más recientes encuestas allí realizadas, el 40 por 100 de los sacerdotes católicos piensan abandonar el sacerdocio, cuando sólo el 12 por 100 de los pastores protestantes piensan dejar su ministerio.

Su conclusión es la siguiente: «Los numerosos abandonos del ministerio son una señal de alarma que manifiesta una creciente distanciamiento de una Iglesia que no satisface precisamente a los miembros más comprometidos con ella».

Por eso, al ver la postura crítica de Küng respecto a la forma de presentar muchas veces la enseñanza católica, numerosos creyentes que abandonaron la Iglesia o que están a punto de abandonarla le preguntan: «¿Por qué no deja usted la Iglesia católica?».

Y no sólo ellos, sino también otros que se encuentran a gusto en sus posturas conservadoras le incitan a dejarla, porque les resulta incómoda a su rutinario catolicismo la actitud crítica adoptada por él dentro de la propia Iglesia.

Pero Küng, en vez de callarse o de llevar a cabo una acción confusa y oportunista, contesta claramente: «Tengo buenos amigos que han decidido romper con esta Iglesia a causa de sus fallos y por creer defender valores superiores...; respeto esta decisión y la comprendo... Pero para mí sería personalmente este acto de saltar del navío un acto de desesperación, de debilidad y capitulación».

La razón es sencilla: «Porque en esta comunidad de fe concreta es donde puedo adherirme a una gran historia que vivo con otros muchos en forma a la vez crítica y de solidaridad...; ya que de esta comunidad de fe he recibido demasiado para poder salir de ella sin más...; mi cristianismo no lo he recibido de los libros ni aun siquiera de la Biblia, sino de la comunidad de fe compuesta de aquellos creyentes que a través de veinte siglos han sido consecuentes con esa creencia y han despertado —con su ejemplo— la fe en Jesucristo».

Y ese ejemplo «es más fuerte que todo escándalo organizado con la Iglesia y en la Iglesia».

La solidaridad con los creyentes de buena fe de todos los siglos —y especialmente de nuestra época— es la que nos mantiene en la Iglesia, porque la Iglesia no es principalmente ni sus estructuras, ni sus instituciones, ni sus leyes, ni sus jerarquías, ni su poder, ni su dominio, sino la fe viva de tantos que sufren no sólo dentro de la Iglesia, sino de la Iglesia. Esos, con su ejemplo, nos dan la gran lección de no confundir —como tampoco lo hace un católico moderado como Maritain— «la personalidad de la Iglesia con su personal» (J. Maritain, *De l'Eglise du Christ*. Ed. Desclée, Paris, 1970).

Ha habido demasiados hombres y mujeres que fueron considerados como santos o como heterodoxos en su tiempo y que se mantuvieron en un respeto insobornable a su propia conciencia de cristianos, y que hoy todos tenemos que reconocer que estuvieron en el fondo en una misma línea de conducta, y con ellos nos sentimos solidarios. Santos hoy indiscutibles, como San José de Calasanz, que fue condenado por el Santo Oficio; o expulsados de su propia orden, como San Alfonso María de Ligorio; o encerrados en las cárceles de su convento, como San Juan de la Cruz; o quemados por la jerarquía en una hoguera, como Santa Juana de Arco. O considerados como heterodoxos, como le pasó al místico Eckart (hoy reivindicado por el filósofo católico Alais Dempf o el teólogo Karrer, S. J.); o al pensador Newman —después cardenal—; o al teólogo Sailer, nombrado obispo al final de su vida, como tardía o ingenua compensación. Todos ellos siguieron la enseñanza de San Pablo, repetida en el Concilio de Letrán: «Todo lo que no procede de la propia convicción es pecado» (Rom XIV, 23, *New English Bible*).

Esa solidaridad realista en que consiste para mí ser católico es una vinculación crítica, independiente y de apoyo mutuo pese a quien pese. Porque al salirse de la Iglesia no queríamos dar —como dice Küng— esa alegría a los adversarios de la renovación ni decepcionar a los amigos que continuamente necesitan nuestra crítica y nuestro aliento.

MIRET MAGDALENA